

Fuentes orales para el estudio de la mujer y su historia de vida en el contexto minero asturiano

Javier F. Granda
javierfgranda@gmail.com

El artículo es una primera aproximación a lo que será un trabajo más amplio sobre la mujer en el contexto minero asturiano, utilizando la historia de vida como documento primario para abordar una realidad que se adscribe al ámbito minero y doméstico. La protagonista nace en 1950 y pasa gran parte de su vida, hasta 1983, inmersa en el ambiente de los pueblos mineros del valle de Turón¹, una parroquia del concejo de Mieres. Se trata de un trabajo que se elabora dentro de los campos de la “Historia desde abajo”, “Historia de las mujeres”, “Historia Oral”², de la familia³, etc. Se estudia la mujer en los contextos expuestos, empleando la información oral que da lugar al relato sobre la historia de vida de la persona, ahondando en aspectos de lo doméstico y de la vida social en un entramado muy profuso de relaciones. En palabras de Ferrarotti la característica esencial de la historia oral “es la de constituir un punto de intersección, o bien la consciente mediación, entre la historia histórica y lo vivido en lo cotidiano”⁴, argumentando que:

Entre narradores y escuchadores la relación es directa, imprevisible, problemática. Es, en otras palabras, una relación verdaderamente humana, es decir, dramática,

¹ En el Espacio minero central de los valles laterales o de transición que se abren a los valles del Nalón y del Caudal. Vid. SUÁREZ ANTUÑA, Faustino, *Carbón para España. La organización de los espacios hulleros asturianos*. KRK, Oviedo, 2006, p. 53.

² BURKE, Peter, *Formas de hacer Historia*. Alianza Editorial, Madrid, 1993.

³ Sobre la familia, es necesario citar una obra de referencia como la de CHACÓN, Francisco; BESTARD, Joan (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Cátedra, Madrid, 2011.

⁴ FERRAROTTI, Franco, *La historia y lo cotidiano*. Península, Barcelona, 1991, pp. 19, 20.

sin resultados asegurados. No hablan sólo las palabras, sino los gestos, las expresiones del rostro, los movimientos de las manos, la luz de los ojos. Relación directa, por lo tanto, *feed-back* inmediato, relaciones personales; el diálogo como momento polifónico en el cual ninguno de los presentes está excluido. Quien conserva el silencio entra dentro de la economía general del discurso colectivo: es un silencio el que hace posible la palabra de los otros. Éste es el don de la oralidad: la presencia, el sudor, los rostros, el timbre de las voces, el significado –el sonido– del silencio. La paradoja de la historia oral es entonces intuible. Para ser conservada y comunicada, o al menos para ser conocida, la historia oral debe ser escrita.

Las entrevistas con la protagonista tienen lugar en su actual domicilio de Gijón, en febrero de 2017. Las grabaciones se recogieron en audio y video. El video se empleó puntualmente; el audio, en cambio, abarca todo el tiempo de las entrevistas. Posteriormente, a finales de septiembre del mismo año, al objeto de completar el testimonio, nos desplazamos a los lugares donde la protagonista ubica los recuerdos de los diferentes episodios que había narrado, desde la casa familiar, la escuela, el pozo Santa Bárbara, etc., todo ello emplazado en el valle de Turón⁵.

En el relato transcrito que aquí se presenta, se ha optado con autorización de la interesada, por emplear su nombre real: Rosa Mari Lombardía Álvarez, y el de sus parientes. Se citan otras personas con sus nombres reales que es necesario no excluir del relato, siempre desde el respeto a su honor y memoria.

La entrevistada es una excelente narradora. En un acercamiento de lo más general a lo más particular se comienza relatando quién es la persona, dónde nace, en qué lugares ubica su infancia, qué recuerdos tiene de esa época, de su familia y ya, más concretamente, de aquello que tiene que ver con la minería en su pueblo y de la realidad que le consta por la experiencia. A lo largo de la totalidad de la entrevista y en el acercamiento a los lugares de la memoria: la casa familiar, la escuela, el economato, la entrada de la mina, el camino que recorría cada día para acudir a la escuela, se ha puesto de manifiesto toda la carga emotiva que tienen aún esos lugares en el recuerdo y cómo se relacionan con infinidad de aspectos del pueblo, de las familias, las casas y los individuos que allí habitaron. Hoy muchas de esas casas se encuentran abandonadas, muchas en ruinas, habiéndose perdido o estando próximo a perder cualquier dato referido a la historia de aquellas personas que las habitaron. Aún, y no por

⁵ Para un primer acercamiento al medio se puede consultar la web “El valle de Turón”, disponible en [<http://www.elvalledeturon.net>] (con acceso el 20-9-2017).

mucho tiempo, es posible evocarlos a través de la memoria de los vivos, pues las generaciones se suceden y el pasado inmediato se desconoce por falta de interés. Este desinterés viene provocado por una especie de superación en la evolución del bienestar social, de un momento que quiere ser olvidado por representar unas peores condiciones de vida.



Primera entrevista en el domicilio de la protagonista

Se trata, en cierta medida, de una entrevista en forma de espiral que va penetrando en la memoria de la entrevistada donde sus recuerdos dan forma a una historia de vida relacionada con la minería en Asturias. Se abordan una serie de cuestiones relacionadas con el trabajo de la mujer que se vincula a la minería, que además debe hacerse cargo de la familia (crianza de los hijos, trabajos domésticos, etc.). Otras realidades que no son las que afectan al ama de casa como esposa de minero, sino también la de la propia mujer empleada en diferentes trabajos dentro y fuera de la mina, se abordan desde el recuerdo de la infancia de la protagonista hasta la actualidad, momento en que la mujer desarrolla su actividad como asalariada en la mina con plenos derechos como cualquier otro trabajador.

A lo largo de este testimonio de una mujer de 67 años, podemos acceder a un mundo que ya no existe, donde el trabajo, el sacrificio y el sufrimiento estaban presentes en la vida de los individuos, incluyendo los niños que también

participaban del trabajo en la casa. La casa se entiende aquí no sólo como el hogar, sino también como todo lo que sirve para complementar las necesidades para la supervivencia y la vida doméstica: animales, cultivos, etc.

El Decreto de 26 de julio de 1957 sobre Industrias y Trabajos prohibidos a mujeres y menores por peligrosos e insalubres⁶, prohibía, en general, a los varones menores de dieciocho años y a las mujeres, cualquiera que fuera su edad, el trabajo en las actividades e industrias que se comprenden en la relación primera unida al Decreto, entre las que se encuentran las “Minas, canteras, hornagueros (Corte y extracción de mineral; preparación mecánica, pulverización y tamizado en seco de minerales y productos de minas y canteras; instalación de material; servicio de aparatos de extracción, torniquete, ascensores y planos inclinados, etcétera; servicio de bombas y ventiladores en el interior; transporte de mineral en las galerías, trabajos de entibación)” y los motivos de la prohibición serían las condiciones especiales del trabajo y el peligro de accidentes. Del relato se infiere que, pese a ello, se trabajaba en la mina de diversas formas para procurarse la supervivencia.



Rosa Mari Lombardía mostrando su álbum fotográfico familiar

La protagonista de la entrevista nos detalla muchos aspectos de la familia, del orden social, del trabajo, de un descanso imposible y un ocio casi inexistente,

⁶ «BOE» núm. 217, de 26 de agosto de 1957, páginas 785 a 797.

del paso del tiempo, visto éste como memoria, en los lugares donde se desarrollan sus vivencias. Tras un recorrido por aquellos recuerdos significativos que han aparecido en el relato, nos ocupamos del álbum fotográfico familiar. Para ello la entrevistada aportó docenas de fotografías que previamente había seleccionado y que ilustran el relato. Sirve aquí la fotografía para reforzar la memoria y documentar episodios que siguen vivos en el recuerdo.

Ausencia de la mujer en la bibliografía local.

La minería en el valle de Turón es un tema ampliamente documentado en diversa bibliografía entre la que cabe destacar títulos como “Turón. Crónica de medio siglo (1930—1980)”; “Turón. El fin de una época”; “El enigma de Turón”, todas ellas obras de Manuel Jesús López González, y “La herencia minera del valle de Turón” de Marcelino Escudero García. Títulos voluminosos, con abundante material fotográfico, en los que la mujer, si acaso, aparece en algunas de estas imágenes, si exceptuamos el breve capítulo que López González le dedica en “El enigma de Turón”. En este libro de 2011, el más reciente de los tres que aquí se citan, se dedican unas 13 páginas de las 484 del libro, a tratar algunos aspectos relacionados con la mujer en la mina. Bajo el título de “La mujer en el ámbito minero (1898—1984)” se despacha toda la historia de la mujer de casi un siglo en estos enclaves mineros de Asturias. Sorprende cómo se resuelve una realidad humana y social tan importante como es la de la mujer en tan corto espacio, ya que a poco que se hayan escuchado los relatos de estas mujeres, habremos de darnos cuenta que la vida de la mina no afecta solamente al hombre, sino a él y a su familia, a su esposa, hijos, y aquellos que convivan en su ámbito familiar inmediato.

Al lado del hombre hay, generalmente una mujer, y hay hijos e hijas que criar y educar, hay responsabilidades en el ámbito laboral pero también en el doméstico que son tan importantes como el trabajo del hombre. El propio López González, afirma al introducir su capítulo sobre la mujer en el ámbito minero que “Si penoso y mal remunerado ha sido el trabajo del minero desde sus comienzos hasta hace algunas décadas, otro tanto se puede decir de la mujer con la que ha

convivido durante todo este tiempo”⁷. Se refiere aquí a las mujeres que serán incorporadas a la mina como trabajadoras en las diferentes tareas de lavandería, limpieza de oficinas, empleadas en el economato, pero también como pizarreras, aguadoras, lampareras... Mujeres que eran huérfanas, madres con pocos ingresos, viudas de mineros... Finalmente, el autor indica⁸:

Otra faceta que tampoco debemos de pasar por alto es el papel desempeñado por la mujer como esposa del minero. Es un nivel distinto del anterior pero no por ello deja de ser una tarea sacrificada a la que casi nunca se le ha concedido el valor que encierra en su interior. Esas mujeres son las primeras luces de la aurora, y durante los meses fríos del año, bastante antes de amanecer, ya estaban en pie para preparar el almuerzo que, bien el marido o alguno de sus hijos, se llevaban consigo a la mina. En los primeros tiempos de la Compañía, con largas jornadas de trabajo, se acercaban con sus cestas de comida hasta la misma bocamina las horas centrales del día que era cuando los obreros salían durante una hora para cumplimentar el almuerzo. Pero estas mujeres tenían que llevar a la reguera más próxima al pueblo o al río (más tarde a los populares lavaderos que construyó el Ayuntamiento), baldes de ropa cargados hasta los topes. Vestuario tiznado de carbón y embadurnado con todo tipo de aceites y grasas de vagones y herramientas, que había que frotar y frotar sobre una piedra lisa o sobre una tabla rugosa que llevaban de casa —no todas la tenían— para facilitar aquella operación, a fin de eliminar cualquier rastro de suciedad. Y no importaba que fuese invierno o verano. Había que aguantar los calores del estío o la frialdad de la estación húmeda, pues esta labor no admitía espera y se necesitaba realizarla semanalmente durante todo el año y un año tras de otro. Una vez expuesta al sol en diversos tendaderos para su secado era preciso coser y remendar los bombachos. (...)

Pero todas estas cuestiones parecen insignificantes si se quedan en esta brevísima referencia que el autor consigna como “tributo de admiración a estos esforzados seres del mal llamado sexo débil, que también grabaron con su sudor y lágrimas, una crónica gloriosa en la historia de la industria extractiva que operó en nuestro valle”⁹.

Cuando escuchamos a la vez que registramos, para después transcribir el relato de la protagonista de este trabajo, observamos que el tributo que habría de hacersele a estas mujeres, seguramente como a muchas otras en sus ámbitos domésticos, se queda muy corto en la propuesta de este autor. Montserrat Garnacho en la obra “Asturias y la mina”¹⁰ aporta un capítulo muy expresivo y duro, aunque breve a tenor de todo lo que habría que decir, sobre

⁷ LÓPEZ GONZÁLEZ, Manuel Jesús, *El enigma de Turón*. 2011, p. 81.

⁸ LÓPEZ GONZÁLEZ, Manuel Jesús, *El enigma de Turón...* pp. 85, 86.

⁹ LÓPEZ GONZÁLEZ, Manuel Jesús, *El enigma de Turón...* p. 88.

¹⁰ GARNACHO, Monserrat, “Mujeres mineras”, en ÁLVAREZ ARECES, Miguel Ángel y otros, *Asturias y la mina*. Trea, Gijón, 2000, pp. 203-209.

estas mujeres, destacando a aquellas que se empleaban en la mina, comenzando con este acertado párrafo que destaca todas esas otras labores inherentes a la mujer en el ámbito doméstico:

[...] «el asunto de la mina» atañe también a las mujeres porque ellas fueron quienes mantuvieron con su trabajo buena parte de la estructura económica y social que la hizo posible en cualquier época y lugar. Y no sólo rezando y «criando a sus hijos entre amor y lágrimas y siendo las dignas compañeras del hombre», como anota el historiador Tuñón de Lara en *Asturias*, un libro-homenaje a los mineros con textos de diversos autores (1964); y no sólo siendo esas «madres coraje» que paren y atienden la casa y la familia y el ganado y la huerta y cuidan de los viejos y los enfermos y «a la boca del pozo lloran impotentes su agonía en silencio», como las que nos encontramos en las canciones de Víctor Manuel; sino, además, realizando innumerables labores —guardabarreras, pantaloneras, lavanderas, alpargateras, chigreras, telefonistas, enfermeras, maestras, cocineras— sin las cuales nunca hubieran sido posibles las de la minería.

Dejemos que Rosa Mari Lombardía Álvarez nos relate con su propia voz, algunos episodios de su historia de vida, como nieta, hija y esposa de minero, que ha conocido desde niña la forma de vida de las mujeres de su familia y de su entorno en el valle de Turón a través de la experiencia en diversos ámbitos como la casa, el economato¹¹, la escuela, etc. A través de su testimonio y de la riqueza del enfoque que ofrece el conocimiento del medio en el que ha vivido, podemos hacernos una idea de lo imprescindible que resulta trabajar la entrevista y la historia de vida de la mujer antes que estos testimonios se pierdan para siempre sin que hayan sido documentados.

El relato¹².

Me llamo Rosa Mari Lombardía Álvarez y soy hija de Eloy, Loy el barbero de Turón, porque a mi padre lu conocían todos por Loy el barbero, aunque nos conocían también mucho por los Lombardía que era el apellido de mi abuelo paterno y entonces había mucha gente que nos conocía por ese apellido. Entonces yo, bueno yo nací en el 1950, ya llovió... y nací, circunstancialmente, nací en Salas no nací en Turón, nací en Salas porque mi padre se casó en Salas, que mi padre era nativo de Turón como mi abuela materna y mi abuelo, mi abuelo era allerán, y vivían en un pueblo, en un pueblo de Turón no sencillamente abajo en Turón, sino en un pueblo y un pueblo bastante alto que se llamaba Armiello, o que se llama Armiello. Había muchísima gente entonces, había muchísima gente viviendo en Armiello. Cuando yo era pequeña era un pueblo cargao de

¹¹ Sobre el funcionamiento de los economatos y otros ámbitos se aportan aspectos interesantes en la obra de MUÑIZ SÁNCHEZ, Jorge, *Del pozo a casa. Genealogías del paternalismo minero contemporáneo en Asturias*. Trea, Gijón, 2007.

¹² Se transcribe tal cuál se registra en el audio, con el acento propio de la protagonista.

gente porque venía mucha gente de fuera, de Castilla, de Andalucía, de Extremadura, de Galicia. Venían a trabajar a la mina. Bueno a lo que decía: nació en Salas circunstancialmente porque antes no se iba a dar a luz a los hospitales, antes había que buscarse la vida, se daba luz en casa. Si tenías a la madre cerca, era la madre la que te cuidaba. Mi madre, como no la tenía cerca, pues marchó a parir a casa de la madre en Salas. Era una casa grande y allí iban las hijas a parir. Yo creo que tenía una habitación que era la sala de partos porque prácticamente todas las hermanas iban a parir a casa. Bueno, entonces mi madre cuando ya me tuvo regresó a Turón a vivir y yo con ella y yo ya crecí en Turón y en Turón viví en el pueblo Armiello que no salí de allí hasta los 33 años que me marché a vivir a Gijón. Del pueblo, de los años que viví allí felices, días felices, días menos felices y días muy amargaos, pero bueno, de eso me recuerdo mucho, mucho, hay mucha historia, muchas vivencias, muchas cosas. Claro, los primeros años no me acuerdo, pero hay veces que parece que te acuerdas mejor o te va viniendo a la memoria lo de antes mejor que lo de ahora.



La niña

De la mina, de la mina recuerdo cantidad de cosas. Cantidad. De los mineros porque prácticamente la gente en el pueblo trabajaba en la mina. Era lo que había. A través de la mina bueno pues podían trabajar fuera de la mina o podían trabajar dentro en la mina. Estaba el Pozo de la Rebaldana, estaba el Pozo Espinos, estaba el Pozo San José que se inauguró posteriormente, estaba la Güeria, estaba Fortuna. Había minas en los montes que yo recuerdo que se decía el pozo Fortuna, allí en Fortuna empezaba el primero, el segundo, el tercero, siempre había planos, con vagones subiendo y bajando con el carbón que se extraía porque entonces eran las bocaminas que entrabas directamente, no había jaula ni había nada. Me acuerdo de ser pequeña, lo que yo recuerdo ya

bajaban los mineros por los caminos negros como azabache porque en aquellos tiempos no había casas de baño y la gente se iba a lavar a casa con el consiguiente trabajo pa las mujeres porque eran las que tenían que traer el agua. Entonces no había agua en casa tampoco. Que yo recuerde en mi casa entró el agua en el 71. En el pueblo pusieron el agua, en el pueblo de Armiello, el agua en el 71, o sea que los mineros venían de la mina directamente a lavarse a casa. Había unos palanganeros que sacaban con una palangana y allí se lavaban, normalmente se lavaban fuera. Al ser un pueblo no había pisos de segundo, tercero, cuarto, eran casas prácticamente de planta baja, una planta, la gente salía y se lavaba fuera. Mi madre ya empezaba a carretar agua, como las demás, por la mañana. A la fuente desde mi casa había pues medio kilómetro o algo más, pero no sólo eso era lo peor de tener que venir y lavarse en casa y... ir a buscar el agua al lavadero que era donde lavaban la ropa donde bebían los animales porque había mucha gente que aparte de la mina pues tenía una cuadra con una vaca o dos. Siempre tenían... bueno todos, todo el mundo no, porque todo el mundo no tenía con que dar de comer a los animales, pero el que tenía algún prao o alguna cosa pues se dedicaba a eso también, que mi abuela precisamente, tenía. Yo me acuerdo que cuando era pequeña, tenía vacas y luego mi abuelo, mis tíos, mi tío Braulio mi tío Simino trabajaban en la mina. Bueno, entonces cuando llegaba el verano el agua la había que buscar y buscar a lo mejor a 3 km. Las mujeres iban a buscar el agua pa fregar, pa cocinar, o sea era el uso doméstico, era para lavarse había que ir a lavar la ropa, había una reguera que bajaba el agua de donde el Pico de Polio no sé dónde era aquello, había una reguera que se llamara la reguera de la Sienda, allí les mujeres marchaban a lavar porque había tres o cuatro pozos pero había mucha gente y estaba compartío con tres pueblos: Armiello, Pandel y Carcarosa.

Había cantidad de gente entonces. Entonces había gente por allí a barrer que ahora vas y está el pueblo prácticamente vacío, pero entonces había gente a barrer. Las mujeres se levantaban a las 6 de la mañana pa coger vez en la cola de la fuente. Había una cola... yo me acuerdo de veces de haber 30 o 40 mujeres allí con un cubu cogiendo el agua. Iban con una rodilla, el cubu en la cabeza y algunas se sostenía el cubo sin..., era tanta la práctica que tenían ya, que sin, sin moverse llevaban un cubo y a lo mejor una lechera y un caldero en la mano con el agua. Con la desgracia muchísimas veces que a lo mejor estaban entrando en casa, resbalaban y el cubo caía y había que volver otra vez a por ello. Pero lo grave, lo más grave, de todo era que por el verano no había agua en la fuente del pueblo. Entonces había que ir a buscalo...y yo preguntaba, que yo lo recuerdo perfectamente, claro, lo que no recuerdo eran los km que podía haber, pero me dijeron que unos dos y medio o tres. Pero eso se caminaba por el monte, por el monte de peñascos y de barro y de todo. Porque aquella escombrera, aquella fuente que se llamaba La Sienda que daba debajo de una mina y allí no faltaba el agua, había más de invierno, menos de verano, pero había que ir a buscarla allí porque no había otra. Y a lavar a la reguera.

Yo me acuerdo de venir con mi abuela que lloró y yo entonces me reí, nos reímos porque veníamos con ella y éramos críos y claro, la inocencia es lo que tiene: mucha ignorancia. Yo me acuerdo de ver a mi abuela llorar y yo, quedamos riéndonos porque cayó, cayó con los dos calderos de agua llegando a casa. Ir allá, y coger aquél agua y llegar a casa suponía hora y media caminando y llegó a casa con un caldero de agua en la cabeza y una lechera a lo mejor de 5 litros en la mano y tropieza y resbala y te cayó la lechera y te cayó el caldero y todavía

encima nos reímos. Pero es que yo eso lo hice porque yo iba acompañando a mi madre y a lo mejor una lechera de 2 litros me la mandaba pa traer agua también, o cubos pequeños Todos estábamos carretando el agua, menos los hombres porque lo que está claro es que los hombres no iban a buscar agua, ni iban a lavar como lavan hoy, entonces los hombres esas cosas no las hacían, eso era exclusivamente trabajo de mujeres. Tener el agua, tener la casa y yo me acuerdo que eran unas mujeres bastante sacrificadas porque pa tener todo ese trabajo que tenía, yo me acuerdo que ellas fregaban tanto, tanto, tanto, pobres mujeres, que las escaleras de las casas casi todas eran de piedra otras casas eran de madera el suelo y aquello relucía fregao, aquel agua no lo sacabas del grifo directamente pa cambiar el agua, no, aquel agua había que ir a búscalo al lavadero, hasta incluso acabante de fregar mi madre me decía: vete al lavadero a lavar los bayetes, eran los bayetes, se venía, se tendían con estropajo, con arena, con todo, pa el día siguiente volver a fregar otra vez. Eso eran unos tiempos muy crudos y de eso me acuerdo muchísimas veces cuando nos quejamos de muchas cosas y piensas, dices tú: ¡dios mío, de qué me quejo yo ahora! pensando, si me acuerdo de mi abuela porque vivíamos prácticamente juntas, y a las cuatro de la mañana, estaban las casas apegadas, y a las cuatro de la mañana ya sentía yo a mi abuela andar con cacharros por casa y salir fuera, salir fuera ¿sabes a qué?, ¿qué era?, aquello era todo así: había que tizar la cocina porque no había gas, no había una cocina eléctrica, había sencillamente una cocina de carbón que tiraba bien o tiraba mal, pero que había que levantarse a las 4 de la mañana y tizar aquella cocina de carbón y esperar a que calentara aquella cocina de carbón. A veces metían las sartenes la mitad en el fuego, estaban negras y los cazos y todo, luego había que fregarlos con arena. Había que preparar un desayuno pa aquellos hombres que marchaban a trabajar, normalmente eran sopas de ajo o patates con arroz... en casa de mi abuela había tres hombres, en mi casa estaba mi padre, pero había mujeres que a lo mejor tenían cinco y seis hijos trabajando todos juntos en la mina. Imagínate aquellas mujeres lo que tenían que trabajar pa cuando ellos marchaban ya. Echar bocadillos, hacer comidas, pa que desayunaran fuerte pa ir pa allá. Tizaban y había que salir fuera a tirar la ceniza. Salía la ceniza, la gente salía a tirar la ceniza que entonces no había ni siquiera servicios en casa. No había lavabos no había nada, la gente a veces lo hacía por fuera, otras veces... se hacía por donde se podía. Eso es una vida triste que la ves desde el tiempo y entonces piensas... y así todo eras feliz.

Bueno... Me acuerdo de, claro, de la abuela, la abuela después de que ellos marchaban, imagínate que a lo mejor entraban a las seis de la mañana a trabajar, luego un tío cayó enfermo, y trabajaba en la lampistería de Fortuna, era Silvino, un señor más simpático, más majo, murió bien joven por cierto con 36 años. Mi abuela ya se quedaba en casa, iba a una cuadra que había en el monte y despachaba los animales, dos, tres vaques, que tuviera los despachaba y luego bajaba a casa y hacía la comida, e iba a llevar la comida al hijo que trabajaba en Fortuna y después subía a casa y buscaba la comida otra vez, otra cesta, e iba a llevarla a mi abuelo que trabajaba en la aguja de la vía de los coches que transportaban el carbón en la Rebaldana. Muchísimas veces por el verano me mandaba a mí siendo una cría, no me atrevía a decir que no y tenía que ir; que de casa a la Rebaldana pues igual había, ¡yo qué sé!... 3 km, no lo sé cuánto habría. Yo no soy muy buena midiendo, pero era donde íbamos al economato y todo. Entonces yo bajaba, yo me acuerdo que sentía la máquina subir, los

coches, eren unes máquinas que había unos coches que eran... yo muchas veces me acuerdo, eran como los del oeste. No tenían ventanes ni nada. Los hombres iban allá, bajaban de la mina de la Güeria, bajaban los de Fortuna, y luego bajaban los vagones de carbón. La máquina pitaba y yo me moría de miedo. Y marchaba y me metía en les huertes, hasta que... en los huertos o bajaba hacia el río porque me daba un pánico encontrarme con ella tremendo. Bueno, pues eso lo hacía mi abuela pa que luego llegar a casa y cuando llegaren los hombres tener la comida preparada pa que comieran y el agua en casa pa que se lavaren. Por eso te digo que era una vida de lo más sacrificao.



Rosa M. con su madre y otras mujeres ante la casa construida por su padre en 1954

Yo no tenía hermanos, mi madre todavía no se podía quejar, aunque yo creo que trabajó bastante la mujer igual, pero, pero, comodidad ninguna; penuria toda la del mundo. Me acuerdo que aparte de despertarme mi abuela todos los días, ya estábamos pendientes... yo me levantaba todos los días con mi padre cuando marchaba pa la mina. Si mi padre entraba al relevo de las seis, mi padre era bastante presumido, se lavaba, se peinaba, se repeinaba, y entonces él a lo mejor a las cinco de la mañana ya estaba en pie y a las cinco de la mañana estaba en pie yo con él también ya pa despedilu pa marchar pa la mina. Yo creo que era la costumbre de muchos porque yo me acuerdo de críos como yo y estábamos esperando cuando llegaran, porque como había tantes cosas sabias que tu padre marchaba pero que podía pasar lo que pasaba a otro de repente y en el fondo del alma, aunque eres crío lo sientes que eses cosas pueden pasar. Bueno... yo siempre tuve, pienso que tuve, mucha suerte porque fui nieta, sobrina, prima, hija de mineros y yo de mi familia en la mina nunca/no murió nadie. Esa fue la gran suerte que tengo porque vi morir a mucha gente.

Aparte de la abuela, lo que nos despertaba todos los días, era la sirena del Pozo la Rebaldana, que nosotros no llamábamos la sirena, nosotros lo llamábamos el turullu, el turullu del pozu. Encima del Pozo de la Rebaldana había

una escombrera, una escombrera enorme que funcionaba todo el día, todo el día subiendo aquellos planos con los vagones y bajaban... Había un ruido constante. Ahora vas a Turón y es un silencio total, pero entonces era una actividad.... Bajaban los coches del carbón, bajaban los mineros, bajaban los mineros del monte, de los que trabajaban en las minas que había por las montañas porque detrás de mi casa había mines y yo me acuerdo de estar en la cocina de mi casa de noche y sentir pum, pum, pum, y decía yo a mi madre ¿que suena? decía ella: son los barrenos en la mina. Porque estaba la montaña, estaba prácticamente hueca, de hecho, a los manantiales el agua nos faltaba porque los manantiales que había en el pueblo que al parecer había antiguamente mucho agua, se cortaron todos con las mines. El día que venía por el verano una tormenta aparecían manantiales por todos sitios, pero luego llegaba el verano y aquello secaba y no encontrabas agua por ninguna parte.

Bueno... bajaban los vagones, aquello... había actividad, había... de los hórreos que yo conocía en Turón, en el pueblo mío y en todos los demás, de los hórreos que son abajo y arriba, porque unos eran hórreos, otros eran paneres, se adaptaron de tal forma que podían vivir hasta dos familias, una abajo y otra arriba. Pero no te cuento dos families, a lo mejor vivían tres o cuatro families porque había gente que venían como la guardia civil que entonces había muchísima guardia civil por allí, luego los cuarteles fueron desapareciendo y tengo miedo que en Turón no haya ningún cuartel de la guardia civil que cuando yo era pequeña lo había en Urbiés, lo había en San Andrés, lo había en la Veguina, o la Cuadriella o por ahí. Había guardia civil por todos los sitios, claro había muchísima gente, entonces los guardias civiles venían y los solteros entraban en el cuartel y vivían allá, pero los casaos iban buscando su casa y a lo mejor se juntaban hasta tres y cuatro matrimonios. Venían matrimonios de Castilla, ya te digo, de Andalucía, de Extremadura, de Galicia... y como no había cases pa todo el mundo, vivían hasta dos y tres matrimonios juntos. Aquello era increíble, la gente no solo en el mi pueblo, sino en los pueblos de los alrededores que estaban todos igual... Había que bajar a comprar porque en el pueblo donde yo me crié, había eso sí, bares, porque les mujeres no iban nunca al bar, ni iban nunca a ninguna parte. Elles estaban dedicaes en cuerpo y alma a lo de elles, que era la casa. Si había animales, los hijos y eso, eso era lo de elles. Ver una mujer de aquellas, yo no recuerdo de nunca jamás de los jamases ver a mi madre, ni a mi madre ni a ninguna de les otras, ¿eh? que eran toes iguales, ir a tomar un café, es más, no se podía ni ir a llamar al marido. Porque yo, a veces... mi padre... a veces, me mandaba mi madre a llamar a mi padre, y te voy a decir porqué, pero, ¿por qué no vas tú? decía ella: porque no, porque vas tú. Iba yo... porqué ella no iba. Porque, las mujeres, era muy raro que se acercaran a llamar al marido a la puerta del bar. No, no se podía, porque decían fulanita va a buscar al marido y el marido sale... Eso pa los hombres era una deshonra tremenda. Por eso te digo que esto cambió mucho afortunadamente. Bueno...

Mi padre trabajaba en la mina y aparte de trabajar en la mina, tenía una peluquería. Tenía una peluquería debajo de casa y arreglaba el pelo, por eso le llamaban Eloy el barberu. Arreglaba el pelu, afeitaba, hacía de todo. Y ahí yo iba mucho con él y ahí sentía contar muchas cosas de la mina. Me acuerdo cuando hablaban de la quiebra, de la 41, de lo otro, de lo de más allá, entonces estaba yo muy puesta en todo aquello, luego se te va olvidando... Pero también me acuerdo que, ya te digo, que las mujeres no salían mucho del pueblo. Bajaban al economato que era lo que había pa comprar. Había un economato con una

tienda aparte donde había géneros y donde había ropa pa comprar allí también. Entonces era cuando se cosía, iban allá, compraban los trozos de tela, hacían los vestidos, hacían... yo creo que yos hacían, yo... tenía mi padre primes que hacían hasta los calzoncillos del marido, hacíanlo todo. Bueno... bajábamos al economato y cuando yo era cría bajaba con les ties a buscar el pan todos los días. El economato te digo que habría pues... bajamos desde Armiello a la Rebaldana, yo no sé no te puedo calcular, dos km, tres km... no lo sé. Pero es que bajar desde San Andrés a la Rebaldana era un paseo por la carretera, pero bajar desde Armiello a San Andrés era un plano así¹³... con unos caminos intransitables porque antes no había camiones pa subir la mercancía, todo subía al pueblo en machos, incluso la dinamita de les mines se subía en machos. Aquellos machos dejaban los caminos intransitables, porque bajábamos por el invierno, cuando llegábamos a la carretera hasta media pierna íbamos cargaos de barro. Ahora imagínate aquellos mujeres subiendo les cestos del comestible en la cabeza, hiciera frio, hiciera calor, porque comías igual que nevara o que hiciera un día estupendo. Bajaban después de preparar todo lo de elles, bajaban al economato.



El economato de la Rebaldana en la actualidad

En el economato, había uno en Urbiés, otro en la Rebaldana y luego yo creo que pa Turón pa'bajo había otro o dos, pero cuando bajábamos allí había que ponese en cola. Entregabas una libreta, que no se pagaba en directo, y aquella libreta iban apuntándote y luego aquello se descontaba en el libramiento que a veces iba gente a cobrar, había muchos hijos y a la hora de cobrar pues ya no tenía nada de cobrar porque ya había salido todo en comestible. Entiendes lo que te digo... Se apuntaba, ibas apuntando... Llegabas y hacías cola, hacías cola, una cola de treinta, cuarenta, cincuenta persones. Yo me acuerdo de ser

¹³ Se refiere a pendiente, muy inclinado.

una cría, ir con mi madre y echar la mañana esperando en aquella cola hasta que cantaban el nombre de mi madre. Apuntaban en un sitio, y luego ibas a otro y allí te iban echando lo que... carga aquello en la cabeza y tira carretera arriba, y luego monte arriba hasta que llegabas a casa. Había que llegar a casa pa hacer la comida y todo aquello.

Lo del economato era, aquello era también una penuria. Una penuria porque piensas muchas veces y digo ¡dios mío! que había que bajar.... Yo me acuerdo una vez de subir con una tía y había que bajar por el pan prácticamente todos los días, llegaba el camión con el pan, y repartía el pan, y acuérdome que marché con una tía mía y más mujeres del pueblo, ellas bajaban prácticamente bajaban todes juntas, juntabanse un rebañin delles y bajaban juntas y llegó a casa con una docena de huevos. No había estos paquetinos de huevos, que ahora con estos paquetinos de huevos todavía te rompen y llegues a casa con huevos rotos. Había unas hueveres que eran tejides, unas hueveres que llevaban los huevos en la mano y a mi tía cayó la huevera y rompió todos los huevos. Lloraba porque decía ahora me mata mi madre, claro que le zumbó. Era una chavalina y siempre decía por andar jugando, por esto, por lo otro. No, no jugó, posaban en los muros la cesta pa descansar y cuando se puso a arrear la cesta aquella, los huevos marcharon al suelo. Había unes lates de aceite, porque la aceite siempre era a granel y venían unos caldereros por el pueblo y unos paragüeros... los caldereros haciante de lates, ponían un pitorro y allí ibas y echabante la aceite a granel, y subíes el aceite, echaben los remiendos a les potes, los paragüeros arreglaben los paragues, todo eso iba por el pueblo. Era una vida... iban los quincalleros a vender, iba una señora con un burro y llevaba loza, llevaba potes, llevaba platos, llevaba todo.

Distracción en el pueblo no había más que esa. Aquellas mujeres tenían eses misiones, pero aparte de eso la única diversión que tenían en toda la semana que yo me acuerdo, bueno, era hablar las vecines unes con otros, comentar todo esto, la vida de los pueblos que si quieres en algún sentido es bastante mejor que la de la ciudad porque aquí te encuentras muy sola y en el pueblo nunca te encontrabas sola. Y menos, yo te digo la verdad, en la Cuenca que hay mucha unión. Cuando la gente, cuando riñen, riñen, y son bravucones y no les importa meterse en un fuego ardiendo, se matan por defender lo de ellos, pero cuando hay que arrimarse al vecino a echar una mano, son los primeros, pase lo que pase estaban allí.

Entonces la distracción de aquellas mujeres eran los fines de semana. Los bombachos no podían llegar, porque lavábamos en el lavaderu, cuando no había que ir a la reguera. Y en el lavaderu se lavaban los bombachos los sábados. Solamente los hombres, no había bolsos, ni había maletes ni había nada, ellos envolvían los bombachos en una toalla y los traían sucios pa casa. A la tarde, a la tarde del todo, iban les mujeres a lavar los bombachos. Los sábados. Que tenían que estar secos pa el domingo. Había que secalos encima de la cocina. Hombre, por el verano si hacía calor... pues durante el día del domingo, si no yo me acuerdo de invierno tener la cocina atravesada de cuerdes pa secar los bombachos de mi padre. Y por la tarde, ellos se juntaban todes, había una reunión y se juntaban todes. Había una casa, estaba así con una pedreguera grande y se endamiaban por aquella pedreguera y se juntaban todes a remendar los bombachos. Y esa era la diversión delles: salir a coser aquellos bombachos allí el domingo pa luego, ya, envolverlos en una toalla. Se remendaban. Había, yo pienso muchas veces, digo yo, ¿qué significao tenía aquello? Era la miseria

que había. Había pantalones que iban remendaos que llevaban tantos remiendos que ya no eran pantalón, eran remiendos. Remiendos por atrás, remiendos por la rodilla, remiendos por abajo... Así se pasaban aquellas mujeres la tarde del domingo: cosiendo.

Les amigues cuando vamos a estar juntes, ahora nosotras decimos: nos vamos a nutrir y vamos a hablar y vamos a conversacionar y todo eso. Ellos, las casaes, se juntaban porque tenían menos tiempo, se juntaban los domingos a coser los bombachos, pero les solteres tenían una suerte que luego con los años ya no tuvimos nosotres, porque había unos bailazos en el pueblo impresionantes. En el pueblo de Armiello había un baile que no te puedes imaginar. Había un señor que se llamaba Pepe, Pepe, sí Pepe el de Chona. Tenían un bar... los altavoces, llamaban el pínfano, entonces en Turón se llamaba el pínfano. Sacaba un pínfano de esos al balcón. Eren canciones de Antonio Molina, los pasodobles, y después vino Manolo Escobar y Juanito Balderrama, todos los pasodobles del Gato Montés, y todo eso... Había una cantidad de gente, porque en el pueblo había muchas moces, muchísimas, y venían, mira, aquello era muy simpático porque lo recuerdo a veces y era una cosa muy simpática: en el pueblo no había carretera, se venía a caballo. Y venían gente de La Güeria de Mieres, de los Pontones de Mieres, gente de Langreo, gente de Urbiés, gente... Venían todos a caballo. Traían unos caballos con unos montures preciosos. Aquellos chavales venían, claro, pa presumir, pa todo eso. Aquello... parecía el pueblo, un pueblo del oeste, porque por cualquier sitio que tú pasabas, había que pasar con cuidao, porque los caballos estaban ataos donde los bares, debajo del horro, donde había una sebe, estaba lleno de caballos el pueblo. Y yo me acuerdo, las mujeres casaes por supuesto que no iban al baile, podían ir los maridos y echar un bailaretín pero ellos no, ellos estaban mirando. Y yo iba con mi madre a mirar a lo mejor así desde lejos y yo sí me acuerdo de bailar con las mis amigues y echar la falda al aire y aquello era una diversión también pa nosotres. Lejos, lejos del baile, pero nosotres bailábamos también. Aquello siempre lo recuerdo con mucha ternura porque luego cuando yo empecé a salir que me dio poco tiempo, pero ya tenía que bajar a Turón al baile y aquello ya no era tan divino porque aquellos bailes de cuando yo era pequeña a lo mejor empezaban a las cuatro de la tarde hasta las nueve de la noche. Pero los bailes que yo iba en Turón a la Sala de Fiestas María Luisa a lo mejor empezaban a las siete o a las ocho de la tarde y yo a las nueve y media tenía que estar en casa. Poco tiempo me daba. Ósea que les mocines de aquella época a lo mejor se divertían más que nosotras, porque tenían mozos a punta pala que venían de todos los sitios. Aquello me parece que estaba muy bien. Yo tenía tías solteres que se vestían, marchaban pallá.

Había otra cosa muy simpática también pa las mujeres. Te digo que había poquísimas cosas. Y es que como una vez al año o así venien los titiriteros aquellos que llamábamos. Venien pa donde el bar, había una bolera y por la parte de arriba de la bolera ellos armaban un escenario y allí hacían el teatro. Había una chavala, me acuerdo que había una chavala con una melena... aquellos hombres quedaban sin ojos, saltavenlos, bailaba pa atrás y cantaba La Campanera, y luego nosotres hacemos teatro también cuando marchaban ellos. Llevábamos una banqueta de casa o una silla y allí nos poníamos. Los titiriteros aquellos estaban a lo mejor cuatro o cinco días en cada pueblo, y todos los días había teatro. Y esa era la diversión que había cuando éramos pequeños, no había cine no había nada de nada. En los pueblos no había nada. Había en

Turón, pero en los pueblos no había nada. Esa era la diversión que ellas tenían. Era triste, pero era así.



Grupo de niños y niñas, entre ellos la protagonista, ante la escuela de Armiello

Me acuerdo también, que cuando yo era pequeña no había guardería. Entonces lo de la guardería ni se sabía el nombre de qué era, ni cómo era ni nada. Pa entrar en la escuela nacional que era lo que había porque en Turón estaba el Colegio de La Salle que era pa niños y estaba el Colegio de Las Dominicas que era pa niñas. Pero había que bajar, había que caminar, bajar en el autobús y todo eso. Y de los pueblos sí bajaba gente, pero menos. La gente que iba al colegio era lo que había en los núcleos de alrededor. En los pueblos, en todos los pueblos había escuela. La escuela, una escuela grande, porque los pueblos, había pueblos muy grandes, lo que sí había a lo mejor en algunos era maestro pa los críos y maestra. Yo, en el pueblo donde yo me crié, había una escuela e íbamos todos juntos. Lo único que recuerdo que nos separara era la hora de salir al recreo. Primero salían los críos, entraban, y luego salíamos las niñas. Pero yo tuve bastante mala suerte: en aquella época la escuela era en una casa particular y luego la gente, los propietarios de aquella casa dijeron que no querían más escuela allí y entonces el pueblo se quedó sin escuela. Había que solicitar una escuela y me coincidió prácticamente casi cuando me llegó la hora de entrar yo en la escuela. Entonces el pueblo quedó sin escuela, cada uno se buscó la vida como pudo: clases particulares, yo me acuerdo que la primera clase que di fue con Ramón que era un señor que no era maestro, había estudiado algo, estaba un poco más preparao y nos daba clase a los críos. Los mayores ya bajaron, luego yo ya, porque yo tendría pues como seis años, todavía no había entao yo en la época de la escuela, porque ya te digo, pa entrar en la escuela nacional había que tener siete años cumplidos. Yo me acuerdo que tengo una prima que era ocho años más, que ya luego fue poco tiempo, más vieja que yo y entró en la escuela, y yo lloraba porque yo quería ir, amargamente lloraba, fue una tía mía a preguntar a la maestra que era una chica joven y se trataba con ella, eran prácticamente amigas y fue y dijo esta otra que está

llorando porque quier venir a escuela... y ella dijo no, no puedo, porque yo para escolarizar un niño tiene que tener los siete años cumplidos. Yo creí que me mareaba, creí que me daba algo, porque no había otra cosa, mientras la mi prima iba pa escuela yo me quedaba sola todo el día.



Rosa Mari Lombardía durante la entrevista ante la escuela de Armiello

Bueno, pues hubo todo aquel problema de la escuela y hubo que empezar a solicitar una escuela pa el pueblo con el consiguiente, la consiguiente historia y la faena que fue que aquella escuela pues tardaría lo menos dos años en hacerse. Se hizo una escuela bárbara, una escuela de planta y piso para tener una vivienda pa los maestros, más luego la escuela abajo, era una escuela último modelo porque tenía wáteres, no había agua pero había wáteres. Entonces había que carretar el agua pa tirar porque si no aquello olía que aquello, bueno, no te lo puedes imaginar, había que llevar agua pa allá, había que limpiar la escuela, que eso lo hacíamos normalmente les críes mayores. Yo cuando empecé a la escuela tendría como nueve años, cuando me escolaricé en la escuela nacional por primera vez. Empezamos a la escuela, pero yo ya iba bastante preparada porque en San Andrés, que es el pueblu que estaba en la carretera, era donde estaba la iglesia, a la que pertenecía, y era donde había les tiendas pa comprar, y era donde todo. Bajábamos a San Andrés y había una señora que había estudio Filosofía y Letras que entonces era mucho en aquellos tiempos, ella daba escuela particular. Yo tenía un pánico atroz porque cada vez que te soltaba una te dejaba que no sabías donde estabas, pero aprendías lo que no estaba escrito, porque yo creo que a miedo, como dicen que la letra con sangre entra, ella nos daba a muerte. Yo no sé qué será de esa mujer, si moriría ya si no. Si murió, Dios la tenga en la gloria, pero repartía y repartió todo lo que quiso y más. Yo me acuerdo de meterme en la cama y decir a mi madre: mañana no voy a escuela, decía no; mañana no voy a escuela, no; mañana no voy a escuela, no; pero al día siguiente me levantaba, me peinaba y me echaba pa escuela. Aquello era una cruz tener que llegar allí porque una vez a un primo mío, mandónos que llevara una vara. La vara era pa pegar, nadie lo sabía y yo aquel primo mío peló y llevó una vara preciosa y estrenola él. Subía

las piernas negras por allí parriba, aquello fue, bueno, todos los mayores le decían: ¡cayote muy guapo! ¿qué sabía yo lo que me iba a hacer? Bueno...

Pues empezamos a la escuela, a través de la escuela sí vivíamos lo de la mina porque yo me acuerdo que, en la escuela, cuando se hizo la escuela, compraron un santo que era San José Obrero y se empezó a hacer una fiesta en el pueblo. Aquella fiesta, el primer día que hubo la fiesta en el pueblo, fue algo grande porque hubo una procesión, subieron un montón de curas, subió el Alcalde de Mieres, aquello era divino. Y yo me acuerdo que la canción que nos metió la señorita pa que cantáramos era una canción dedicada a la Virgen de Covadonga. Pero la canción, mira si era, entre les estrofas que tenía la canción, una que se había inventao la señorita, decía: por nuestros padres y hermanos que trabajan en la mina, con humildad te rogamos que les protejas la vida. Era algo que nos quedaba grabao.

Allí hubo críos que hicieron la comunión. Yo cuando esos críos hicieron la comunión, yo ya la había hecho porque ya digo que yo empecé a la escuela nacional cuando tenía 9 años o así. Antes, empecé ya, mi padre me empezó a echar a escuela particular a la academia de esta señorita, de Maxi. Entonces, hice la comunión sin haber estado escolarizada en la escuela nacional todavía. Bajábamos al Catecismo, primero a San Andrés y después a Turón. Los críos, porque entonces no hacían la primera comunión cuatro, no, a lo mejor hacíamos la primera comunión cuatrocientas niñas. Porque se comulgaba en la iglesia principal de Turón. Aunque hubiera cuatro o cinco parroquias la comunión se hacía en la iglesia de San Martín de Turón. Aquello era un gentío que nadie se puede imaginar. Y fue... los niños la hicieron el domingo antes. Yo me acuerdo que nací en el cincuenta y hice la comunión el día 1 de junio de 1958. Osea, que tenía 7 años todavía. Era emocionante. Yo lloraba porque mi padre y mi madre... yo quería que me llevaran de largo y mi padre no me quiso llevar de largo, cuando iba la mi prima con el velo... yo llevaba un sombrerito, iba guapa, ahora me acuerdo muchas veces y me digo, me llevaron a Amparo a hacer la ropa, me hizo una ropa preciosa, ¿por qué yo protesté con aquella gente si me llevaron hermosa? Pero claro, iba con un vestido corto e iba acomplejada. Iba con una rabia hacia ellos tremenda. Bajamos en el autobús, y yo me acuerdo... yo tenía una amiga extremeña y como que, dices, no hay racismo, pero sí. Entre la gente que había de afuera había racismo con la gente del pueblo. Bueno... aquella amiga que era extremeña ya... bajaba el autobús de bote en bote de gente a comulgar y... perdió el velo, no lo encontraba. Llega la hora de llegar a la iglesia iba la mujer sin velo llorando, porque el velo había quedado en el autobús o sabe dios dónde, porque al bajar y al subir al autobús era tremendo. Comulgamos, fue emocionante. Y después de comulgar que yo en mi vida viví otra experiencia igual, nos llevaron a todes les críes, lo tengo como si lo estuviera viviendo: nos llevaron a les críes pa los bajos del Colegio de La Salle. Había unes meses inmensos, inmensos. Era todo chicas jóvenes, iban vestidas con una bata azul clara y un mandil blanco o algo de eso. Y tu llegabas allí, mi madre me soltó, ya me vino una, me cogió y me llevó a una mesa a sentar. Mira, jamás en mi vida tantos pasteles y tantos churros vi juntos. Nos dieron churros y chocolate y pasteles. Comí lo que quise y más, que tanto comí que ya me tuvo que subir mi padre prácticamente todo el camin en el cuello. Cuando llegué a mi casa había una mesa preparada porque se hizo una fiesta. Estaban los abuelos de Salas, estaba mi tío Carlos, estaba gente que conocían mi padre y mi madre del pueblo. Luego la familia se repartió porque tenía otra prima que... unos por ejemplo mi

abuelo fue a la mi comunión y mi abuela a la de ella. Yo estaba tan cansada que estaba en la cama durmiendo y sentía a la gente que lo estaban pasando bien. Mi madre armó una mesa afuera. Había una antojana grande en casa y armó una mesa afuera y a media tarde vino una tormenta enorme que tuvieron que recoger la mesa y metese todos corriendo pa dentro. Esa es la experiencia que tengo yo de la comunión.

Íbamos al catecismo, y como digo que entonces no sabíamos lo que era, pero ahora te das cuenta que era racismo. Un día cada una, éramos como del pueblo éramos a lo mejor como diez, doce niñas, y otros tantos niños, pero ellos hicieron la comunión antes, bajamos al catecismo, y un día bajaba cada madre con nosotros porque había que ir al catecismo a La Felguera, a última hora ya. Y con Eugenia la extremeña no queríamos ir. Mira que si éramos males... y ella iba caminando con la de ella delante y miraba pa nosotres atrás y nosotres frenábamos. Luego claro, cuando y lo dijo a mi madre, mi madre me sacudió, normal. Había muchos jaleos entre les andaluces, les asturianos, lo esto, lo otro, lo de más allá... había muchos problemas entre ellos... reñían mucho por los lavaderos porque las andaluces tenían... y después estes eren más brutes, no se defendían tan bien, pero luego machacaban y dábanse y todo eso... Entonces había muchas cosas de eses allí. Eso es lo que recuerdo.

En la escuela sí se vivieron experiencias de la mina, muchas, y se hablaba y cuando ya ibas siendo un poquitín mayor también te vas dando cuenta que ya empezaban los accidentes, ya los empezabas a vivir. Cuando tenía 12 años, porque fue en el 63, todavía yo no había salido de la escuela y ya empezaron a haber unas huelgues tremendes que fueron les más dures que yo creo que se vivieron, y les primeras que yo vi, fueron las primeras que había... pasaron lo menos dos o tres meses sin trabajar, ni se cobraba. Porque a nosotros nos daban carbón. Nos daban carbón, la empresa, te daba tantos quintales, lo que pasa que como te lo subían los carboneros, siempre esquilmaban algo, siempre se quedaban con algo, aparte de que te cobraban y luego no nos alcanzaba el carbón había que marchar al monte a leña. ¡Cuántas cargas de leña bajó mi madre! Y yo iba con ella y con les otras mujeres y bajaba aunque fueran más pequeños, bajaba muchas cargues de leña también.

Entonces llegaron aquellos huelgues, y aquello ya, empezaste ya con doce, once o doce años a coger mucha conciencia de la mina. Los hombres, hubo muchos que los llevaron presos, otros que los repatriaban, no me acuerdo como se llamaba entonces, como decían, cuando los echaban de por allí... unos echaronlos pa Ávila, otros echáronlos pa otro sitio, marchaban y los tenían que echar de allí. Entonces era cuando empezaste a coger conciencia de que la mina veías a veces y todo, la guardia civil venir a coger, buscar a casa gente y todo eso... lo vivías con miedo. Decía yo: y cualquier día igual vienen por mi padre. Por mi padre no vinieron nunca... pero cuando yo estábamos bordando, íbamos a unos tallerinos después de que salíamos de escuela echánnos a bordar o a coser o hacer trapinos, con cosines de eses que eren cosas de críes, que ahora ya no quiere ir nadie, pero a nosotras nos echaban a todes. Y estábamos así en una antojana bordando todes y cuando llegó otra y desde arriba y dijo Sarita, vino la guardia civil y llevó a tu padre. Sarita creímos que se moría, porque ya te digo, los repatriaban y echabanlos fuera de por Turón. Aquel hombre vino pa casa pronto porque yo no creo que estuviera Mario metió absolutamente en nada. Entonces vino pa casa pronto, pero el susto de que llevaron a su padre

nos metió el miedo en el cuerpo de que nos pudieran llevar a los nuestros también.

Entonces sentías desamparo, si llevan a mi padre, ¿qué va a ser de mí y de mi madre ahora? La vida era cruda. Empiezas a acordarte de gente cuando empezaban a morir en la mina, cuando decían había un derrabe en tal sitio y sabías que tenías a tu padre en la mina, aunque estuvieras en la escuela te enterabas de todo porque era como si la gente pasaba y ya veías algo raro. Y ya enseguida salía un crío fuera a hacer un pis y ya venía, ya decía: en el Pozo la Rebaldana matóse uno, y ya quién sería, quién no sería. Esas cosas te quedan grabadas a fuego. Y marchar toda la gente pa el pozo...

Acuérdome una vez que estábamos viendo una boda, yo era una cría de 16, 15—16 años, y había mucha costumbre cada vez que se casaba alguien de ir pa delante de la iglesia a ver la novia. No sé por qué, allí estaba la gente, luego viví la experiencia de la mía que estaba la gente allí también viéndome a mí. Y alguien llegó y dijo: en el Pozo Santo Tomás estalló el grisú y dicen que están todos muertos. Claro, la gente voló. Unos pa cada lao, porque el que más y el que menos había conocido... allí se mató mucha gente, murió mucha gente que yo conocía. Por lo menos fueron 14 o 15 personas las que murieron allí. Poco antes había visto uno en el Pozo La Rebaldana. Yo me acuerdo de marchar pa'llá. Y siempre pasaba lo mismo: llegabas al pozo y salían las jaulas con los mineros. Decían, ¿viste a mi padre? No, tu padre está pa otra parte. A lo mejor era mentira, estaba en el mismo sitio. Todos estaban pa otro sitio. Todos estaban... una mujer: ¿viste al mi fío? No, está pa otro sitio. No estaba... aquella famosa 41, y a lo mejor estaban todos allá. Y yo me acuerdo que salió Benigno, un señor de Armiello que ya murió, y pregunté a una mujer de Carcarosa, de por allí era, ¿el mi fío estaría por allí? Dijo él: no, no, el su fío está pa otra parte. Pero no estaba pa otra parte. Cuando se acercó al grupo donde estaba yo metida con aquellos mujeres, dijo: el fío ye uno de ellos que está allí enterrao.

Tardaban días. Y esas vivencias... yo me acuerdo una vez cuando se mató Marcelino el de San Justo que era un gran chaval, y aquel día sentí a mi madre llorar desesperada porque decía qué triste, qué miedo, qué todo me está dando, qué sensación estoy viviendo. Mira, llegó la noticia de que se había matao Marcelino el de San Justo. Yo vivía en Armiello y Armiello y el Pozo de la Rebaldana estaban frente por frente. Era una noche de agua, tanta agua, tanta agua echaba cuando llegaron con la noticia de que murió Marcelino. Marcelino quedó enterrao, hubo que sacalo, porque a lo mejor un minero se mataba y enseguida estaba fuera, pero a lo mejor un minero se mataba y tardaban días en encontrarlo. Y había que exponer los hombres, tenían que exponer la vida, ir los de salvamento y todo pa ir a buscarlo, que esa misma vivencia pues la vivió mi madre cuando pasó a mi padre que también quedó enterrao en la mina.

Bueno, entonces yo me acuerdo aquel día, echaba aquella agua, y aquellas luces y aquellos sirenes y aquello todo y mi madre empezó a llorar y dijo ella ¡ay dios mío!, ¡qué vivencias vine a vivir aquí, que yo cuando estaba en casa de mis padres nunca las había vivido! Aquel día me acuerdo de mi madre llorando. Me da miedo, me da no sé qué. Claro, me da miedo... yo pensaba, digo ¿por qué dará miedo a mi madre? ¿tendrá miedo a Marcelino? No, mi madre tenía miedo a todo lo que había alrededor. Porque mi padre trabajaba en la mina, porque tenía el cuñao trabajando en la mina, porque había gente que conocías y que querías y que trabajaban allá, y aquel día era Marcelino, otro día era otra persona.

Esas vivencias desde, yo de cuando mi padre quedó enterrao, lo tengo como... porque yo tendría dos o tres años, lo tengo vivido de entonces no me acuerdo, vivido de cuando él lo iba contando y yo pienso en mi madre cuando llegó allá, de una tierra totalmente distinta porque ahora estás a una hora de viaje, pero cuando yo marchaba a ver a los abuelos a Salas echaba un día viajando. Marchaba de casa, bajaba a San Andrés a coger el autobús de las 6 de la mañana y llegaba a Figaredo y a lo mejor el tren pasaba a las 8 y cuando yo llegaba a Pravia eran las 3 de la tarde. Y luego en Pravia pues cogíamos un camión de los que bajaban con el carbón de Cangas o de Tineo o de por allí arriba y te cogía el que quería y te llevaba a Salas. Osea que yo marchaba de casa a lo mejor a las 5 de la mañana y llegaba a Salas a las 6 de la tarde. Ahora vas en un momento, pero entonces... entonces no. Mi madre, pa ella era una distancia enorme, tenía los padres lejísimos. Y verse con todo aquello, yo creo que ye como cuando marchas ahora pal extranjero y tienes que hacerte de nuevo a todo eso. La vida era dura, la vida en la mina era dura y luego dura, durísima pa aquellas mujeres que quedaban sin el marido y con unos cuantos hijos, porque ahora quedan con una buena paga pero es que hubo tiempos en que las mujeres no cobraban, no tenían paga. El marido se moría en la mina y ellas se quedaban... yo empecé viendo que les daban a lo mejor indemnizaciones, luego ya empezaron a quedar pagues, pero yo me acuerdo que si no trabajabas no cobrabas. Y yo tuve un tío, un tío que murió, un hermano de mi padre, que empezó a... murió joven. Estuvo de baja, tenía dos crías y allí hasta pa eso eran solidarios porque mira, había una cosa que se llamaba la peseta del obrero y cuando una persona no trabajaba, ya te digo que no cobraba, pero había que vivir, y había que mantener hijos y todo eso. Y entonces las mujeres se juntaban, mujeres, hombres, como fuera... y el día de paga no se pagaba en un sitio determinao, no te lo metían por el banco porque entonces no había banco ni banqueta, te daban un libramiento que era la nómina de ahora, ibas a por ella y después ibas a cobrar, cobrabas en taquilla en los pozos. Ellas iban a pedir a los pozos. Pa fulanito de tal y se daba una peseta. Pa mucha gente seguramente que era un sacrificio dar aquella peseta. Yo, pa un tío mío, se pidió, me acuerdo de mi madre contando las pesetas en la cocina, que habían cogido entre todes, pa poder dar a aquella tía mía pa que lo diera, pero era así, no era pa él solo, era así pa gente. Era una vida cruda, cruda, ¡eh! y aunque los tiempos hayan cambiao, y aunque los... mi padre venía con una boina... martillo, no se picaba con martillo cuando era pequeño, luego se cogió a él más adelante, pero yo me acuerdo de mi padre venir de la mina y conocí a mi padre porque venían los ojos blancos y los labios, pero venía negro como el azabache. Y había una cosa que era increíble, no te puedes imaginar qué manjar, qué manjar era aquello que llegaban, venían de la mina con un trocín de bocadillo, no sería que sobraba, harían ellos pa que sobrara. Pero tú no te puedes imaginar lo exquisita que era la tortilla que volvía de la mina pa casa. Venía sucia, con polvillo de carbón y todo eso, pero sabía de una forma especial. Y yo creo que volábamos todos, porque mi padre llegaba y me azotaba aquello y yo volaba a por ello. Y los demás lo mismo, me la repartía con mi madre porque a mi madre le gustaba también, era tortilla de chorizo, llevaban tortilla siempre, había matanza porque la mayor parte de la gente, sobre todo por los pueblos mataba un cerdo, llevaban chorizo, pero también había carencia, mucha carencia, aunque creamos que no. Yo decía a mi padre ahora, al final de sus días, digo yo, me acuerdo cuando era pequeña, las ganas que pasábamos y él decía tú no pasaste gana de nada, gana

la pasé yo... que viví el 41 y tú no lo viviste. Ya, pero es que yo me acuerdo de cosas, porque yo pa marchar a escuela todos los días por el invierno tenía que ir a buscar un caldero de castañas, y yo con los otros, porque había cerdos y había que ir a pañar castañas pa darles de comer a los cerdos, y había, yo me acuerdo de hombres que me contaba mi padre que iban pa la mina con los bolsos así de castañas cocidas, iban comiéndolas, era lo que tenían pa desayunar. Eran unos tiempos difíciles, aunque fuera en el 54, 55, 56, todavía aquellos tiempos eran duros. Y todavía pasaron los sesenta y eran duros. No fueron todo flores que la gente dice los mineros, los mineros... vivían de otra forma, era otra clase de gente.

Me acuerdo de Salas, ibas a Salas, y era la gente distinta totalmente, a lo mejor ellos vivían al día, vivían de otra manera, había más fiesta, había más juerga, pero yo pienso, digo esa, quedaría por dentro otra cosa y entonces trataban de echarlo de otra manera, porque yo en el mi pueblo debía de beberse muchísimo. Yo no lo sé, porque aquellos machos subían todos los días pa tres bares que había, cargaos de bebida pero a tope y venga a carretar bebida pa aquel pueblo y venga a carretar bebida pa aquel pueblo y yo pienso, digo yo muchas veces beberían pa olvidarse de muchas cosas, porque es cruda, esa vida es cruda...

Bueno, otra... otra de les cosas que tengo... con... la recuerdo con... a lo mejor con cariño, no lo sé, eh, por qué la recuerdo y a veces cuando oigo canciones, porque en la iglesia antes se cantaban siempre les mismas canciones. Yo los domingos iba a cantar a la iglesia, y durante toda mi infancia había tres canciones pa la misa; ahora yo voy a cantar al coro a una iglesia y tenemos una canción pa cada domingo pero entonces no, entonces eran tres canciones les que sabíamos: "Vamos niños al Sagrario", y "Alabado sea el Santísimo" y todo eso. Allí iban...teníamos...poniannos en un banco, luego dábannos un empujón a la hora de acabar la misa. Los curas ya no podían con nosotros porque, quieras o no, estábamos medio salvajes porque era así.

Yo me acuerdo que el día de Ramos estrenábamos siempre porque era una tradición: "el que no estrena por Ramos no tiene pies, no tiene manos". Mi madre me mandaba con unos vestidos, con unos lazos atrás; cuando llegaba a casa yo llevaba una paliza, sin razón ninguna, pero yo me la llevaba porque yo aquellos lazos ya iban arrancaos, yo ya iba de, de todes les maneras pero... no se parecía en nada a como mi madre me había mandao. Y, los mayores, mira: había poco sitio, y la iglesia de San Andrés estaba en les escueles; luego ya, cuando yo era chavalita se empezó a hacer una iglesia, que hay una iglesia hermosa, pero entonces la iglesia era en un local que llamaben les escueles; y como no había campo muy grande, íbamos por la carretera arriba, con los ramos, y al llegar a donde tiraba el camín pa Armiello, que era donde yo vivía, pues había como una especie de plazoleta y allí había curas porque estaba el colegio de La Salle, y había muchos curas allí, y entonces subían, pa organizar y pa todo. Había muchos curas que, a lo mejor todavía no hubieran... no eran curas, estaban con los hábitos puestos, pero yo me acuerdo que era gente joven y estarían estudiando y todo eso, venían... Bueno, yo sé que había, ahora hay un cura pa cada iglesia y así todo, un cura pa un montón de sitios; en Salas hay un cura pa todes les parroquies... Bueno, entonces ellos, al llegar allí teníamos que dar la vuelta, llegar al camín de Armiello donde la fuente El Chiquito, que es una fuente muy famosa en San Andrés, que no sé si existirá ya o estará abandonada porque todo se abandona, pero la fuente El Chiquito era muy famosa. Entonces

allí nos teníamos que dar la vuelta, y cuando coincidía la fila que iba con la que venía allí empezábamos a danos con los ramos ramazos y ramazos y ramazos; claro, a ti te venía un ramazo de un sitio pues tu dabas a otro, entonces el otro se volvía a ti. Yo cuando llegaba a casa, a mejor mi madre me mandaba un ramo así de laurel pa que i lo bendijera pal año, pero no llevaba una caña, una rama, iban les cañes solo, lo demás ya iba todo pelao.

Bueno, íbamos a la iglesia y todos los años a la misa de los domingos, cuando ibas a escuela era obligatoria. La gente mayor no solía ir mucho a misa, menos los mineros; habíalos que iban, y que siempre fueron a la iglesia, y a los que no tenían buenos quereres porque, no lo sé, como si era como desprestigiar... Ahora ya no es así. [...] seguro que voy a Turón y a lo mejor encuentro mucha más gente en misa hoy, que entonces no iban no por fe, por falta de fe, lo mejor porque yos daba vergüenza, o porque no era de hombre, o porque no sé qué. Iban mujeres, hombres a misa no iban. Yo no me acuerdo de ver a hombres en misa. Y entonces por les primaveras, llegaba siempre un padre, que llamaban “los predicadores”, y venían a dar cursos a los hombres y a las mujeres. De lo que yos hablaban, no lo sé porque les mujeres, los críos no íbamos. Yo, se levantaba mi madre tempranín y iba pa'llá, a les misiones. Se llamaban les misiones, mira tú cómo es, que ahora les misiones se van a dar a Sudamérica, van los misioneros pa Burundi, van pa tal, van pa cual, pero yo me acuerdo, cuando era pequeña, venían los misioneros a Turón a dar... explicaciones. Los hombres iban por la tarde; cuando venían de la mina iban a les misiones, que se hacían en la escuela. Y les mujeres por la mañana. Y se llamaban les flores también; eran les misiones o les flores. Era, casi que siempre venían, en el mes de mayo. Y eso lo recuerdo con mucha... con ternura. Venían cantando, mi madre, “Sálvame Virgen María”, y luego a lo mejor como lo cantaban allí lo cantaba todo el día; cuando siento esa canción, que no la siento muchas veces, me da mucha pena porque me acuerdo de aquellos años de que, cuando yo iba pa escuela, ya mi madre hubiere venido de las misiones.

Venía un misionero, el que te digo, un señor cura que yos daba unas explicaciones, yo no lo sé de qué serían aquellas explicaciones, pero me lo imagino, que serían lo que decía siempre, había que casarse y tener hijos para el cielo, que era lo que decíamos en la religión. Era lo que nos decían en la misa y en todo eso, en los libros. Y a los hombres, pues... los hombres como siempre tenían razón en todo, pues dariayos otras clases de otra cosa.



La protagonista en una reunión familiar (izquierda) y con amigas cosiendo (derecha)

Yo me acuerdo perfectamente, que esta vida cambió afortunadamente, porque los malos tratos eran el pan nuestro de cada día. Y allí una mujer iba al

cuartel o iba a estar con... si iba a decilo al cura, el cura iba a mandala pa casa y decir "bueno, oye, son cosas de Dios, y hay que perdonar, y hay que aguantar" y porque las mujeres esto y lo demás, y pa tu casa. Si ibas al cuartel y denunciabas "el mi marido me metió una paliza" los guardias no te iban a llamar al marido ni llamar a nadie; sencillamente "vaya usted pa su casa y calle la boca, a ver si como lo arregláis", tal, cual, después de que marchaben quedaban riéndose. La mujer llegaba a casa y como había dio al cuartel llevaba otra solfa pimpanuda, y... la que más y la que menos, cobraba. Pero callábase la boca. Porque que yo me acuerde, separaciones... separose una tía mía que tuvo unos arranques, pero separaciones había muy poques, por no te decir nadie; nadie se separaba entonces. Ahora se separan y ya lo dicen elles mismos, separense por quítame de aquí esta paja. No lo sé si ye por quítame de aquí esta paja o ye con razón, pero antes ni con razón ni sin ella, ni de ninguna manera; no se separaba nadie. A ti te venía el marido borracho y te daba una paliza y te la aguantabas; y al día siguiente marchaba pa la mina y tu venías y tabas negra, pero... el que más y el que menos callaba la boca y no decía na. Y entonces, a eso irían a las misiones seguramente. A ellos yos explicarían que había que aguantar, que había que tal, y todo así.

(...) No, era muy generalizao, no te voy a decir que hubiera verdugos, o hubiera tal pero que un hombre soltara una torta o unos cuantos puñetazos a la mujer era muy normal. Yo a veces, estaba en la barbería con mi padre, me acuerdo que yo me iba pa un banco y me sentaba allí a esperar, y yo sentía decir "cogila y metí una solfa con el cayao...cogí el cayao y molila de riba abajo". Y los demás quedaben tan tranquilos haciendo sus cosas y nadie se escandalizaba. Nadie decía nada. Yo a lo mejor esto lo cuento y ellas no quieren que se sepa pero lo sabía todo el mundo porque... son cosas que no se pueden ocultar. Y yo me acuerdo de una señora del pueblo que estaba con un ojo negro un día sí y otro también; un día cayó en el pesebre, otro día cayó en la cocina, otro día cayó tal... otro día cayó en ningún sitio; sabían que cada vez que venía el marido borracho pa casa, que a lo mejor traía dos borracheras diarias, una por la mañana y otra por la tarde, zumbábai, ¿entiendes? Entonces... eso era muy muy muy muy... eso ya se acabó. Porque ya te digo, la gente ya no aguanta y los hombres ya no son así, afortunadamente. Oyes... quedan resquicios y queden cosas, y queden... eh... hay cosas que no se terminan nunca porque siguen siendo así. Ahora claro dicen, hay muchas muertes, hay muchas muertes a lo mejor porque la gente protesta, porque se sabe, o porque yo que sé. Aquellas mujeres había muchas que morían [...] porque, yo conocí muchas mujeres que llevaron muchos palos, muchos, muchos... si yo te contara, si yo te contara, no quiero contar pero si yo te contara los... lo que yo vi, lo que yo, ibas viviendo, porque los pueblos son los pueblos; y lo que no son pueblos también porque... era así.

Entonces la religión la vivíamos los críos; los críos íbamos a misa hasta que éramos chavaletinos. Yo a misa fui toda mi vida. Y sigo diendo. De hecho, ahora voy a dir a cantar a la iglesia, a ensayar pa mañana cantar la misa. Que yo recuerde a misa fui toda la vida. A mi padre nunca lo vi en misa, a mi madre sí, pero tampoco me quitaba de ir, ¿entiendes? Él cuando éramos mocines, yo me acuerdo que con una amiga marchamos pa Turón, íbamos a misa a Turón a las seis de la tarde y luego, si teníamos dinero íbamos pal baile, y si no paseamos Turón arriba y abajo, pero a misa era obligatorio. Íbamos a misa como que era

algo sagrado. Y les demás también pero luego... sí... la religión se vivía de otra manera.

Los... el cielo bajaba en todos los sitios porque era una costumbre muy de mineros cagarse en todo. Y era como de muy machos y vestía bien, y quedaba bien. Dios libre de que uno dijera una cosa muy sencilla como por ejemplo mi güelu que decía "me cago'n diola". Eso no valía. Tenía que ser la madre o el padre o los de arriba todos, bajaban en mi casa bajaba todo; a mi padre bajaba todo por un quítame de aquí esta paja. Aunque luego a los cinco minutos estuviera cantando, pero era el pasto común de todo, era así. La religión se vivía poco, eran unos tiempos en que no se vivía mucho, no. Había cosines que había que hacerlos por narices; cuando llegaba la Semana Santa, si tú pagabas no me acuerdo como se llamaba... la bula, no sé cómo era. Debajo de mi casa, en donde yo vivía en Turón, había una carnicería y un matadero. Allí se mataba los animales; no ye como ahora que hay que ir a matarlos al matadero municipal. Entonces Constante mataba unos xatinos allí en casa, que yo a mí me daba una, una cosa cada vez que sentía "pomba", digo ¿qué es eso?, decía mi madre "que están matando un xato". Dabanyos un trompazo en la cabeza y allí is lo mataban.

Cuando llegaba Semana Santa había que tenerlos muy agarrados pa poder ir a la carnicería, no iba nadie porque si te vían la guardia civil, que lo andaba vigilando, ahora te acuerdas, dices tú claro, ellos tenían una rabia contenida, el que podía pagar aquello comía carne, pero el que no, no lo comía y normalmente no se podía pagar porque carne no había pa mucho. Faltaba, eran tiempo de escasez y faltaba. Y si encima, pa poder comer la carne tenías que pagar un permiso... también te... entonces la gente no pagaba permiso, no comía carne. Era como aquello que no te dejaban cantar, ni en los bares se podía poner música, ni había bailes en ninguna parte, ni... ahí estuvo bastante sujeto todo, todo porque... llegaba la Semana Santa, era semana muerta, por eso había un refrán que decía "está más triste esto que les putes en Cuaresma"; y era... por eso, porque en Cuaresma no se podía hacer nada; se vivía así.

Era... eran tiempos que no sabes si eran mejores o peor. Nunca se sabe cuándo dicen cualquier tiempo pasado fue peor o mejor, en unos aspectos sí y en otros no, pero era así.

Había cosas en que... salías tranquila de casa y nadie se metía contigo porque la Guardia Civil estaba a cada paso y nadie se metía contigo; a lo mejor en otras cosas pues... yo si me ponen a escoger pa vivir prefería aquello... que no lo hoy... ¿entiendes?

La mujer en la minería en los años que yo viví era una mujer muy sometida... Pa empezar, ya si reñían con el marido y iban a casa de sus padres a contarlo lo primero que decía la madre era "vete pa casa y aguanta, que las mujeres tienen que aguantar". Y ahí, eso ya lo llevabas bien mamaro; ellos lo llevaban bien mamaro porque hoy... los padres saben que la hija cobra del marido y nooo... la madre sufriría, el padre sufriría, pero se aguantaba. Y las mujeres, yo creo que eran unas mujeres muy sometidas, porque el hombre, aunque tuviera buenos sentimientos, la sociedad lo obligaba a ser machista, porque era lo que predominaba. ¿Cómo un paisano que iba a la mina, que tenía que ser un hombre bragao y todo eso, iba a dejarse ser tierno delante de una mujer? No, hombre. Aquello ya... no encontraba un hombre a su mujer en medio la calle y iba a dai un besu ni aunque se estuviera muriendo... ¿entiendes? Si había que salir con los paisanos se salía con los paisanos, con las mujeres pocas veces.

Entonces la mujer fue muy sometida y la mujer... era... yo siento muchas veces admiración, mucha admiración.



Estado actual de la casa paterna en Armiello

Porque yo, en los años en que estoy viviendo, con mis años, pienso cada día más, y ellos al contrario; con estos años ya eran abueles y nos decían a los nietos lo que teníamos que hacer, y era sometenos; y a los hijos lo mismo. Y yo ahora, cojo a una nieta y digo "no aguantes a nadie por nada del mundo". Pero ellos eran todo lo contrario, luchaban, porque luchaban, porque... había mujeres que no nos daban la paga, o que si tenían que estar pidiendo, había hombres que ganaban muy poco y llegaban a casa y entregaban la paga, arréglate como puedas, no se metían en nada. Pero normalmente... sí, sí se iban metiendo, se ganaba poco y... había hombres que necesitaban beber... o que iban al bar y no salían de allí, y primero faltaba en casa que faltaba para ellos. Y no chillas porque... ¿eh?

Yo me acuerdo... de mi abuela que siempre me contaba que tenía una vecina, que se llamaba Águeda, nunca se me olvidó de aquel nombre, luego... ya sabes que Santa Águeda en Castilla es muy famosa, y es el día que celebran las mujeres, ella debía ser de allá, y... que venía el marido de la mina, el no le daba dinero, nunca jamás, jamás, y decía "Águeda, la comida". "Ay Antonio, no hay comida porque no me das dinero". "Águeda, la comida". "Que no tengo comida Antonio, que no me das dinero, yo no lo puedo comprar". "Águeda, di que la comida". Y dice ella "cuando nos dábamos cuenta, a Águeda estaban arrastrándola por el corredor, por los pelos, atrás y adelante porque no tenía comida". Él marcharía a buscarla para donde fuera. La mujer era muy sometida y muy callada. Ellos tendrían... su arte, su remango, sus historias, pero eran muy muy calladas y muy sufridas. Hoy lo vas viendo... y dices tú ¡cuánto pasaron aquellas mujeres! El papel de las mujeres de aquella época lo viví por mi madre

y vi muchas cosas que digo yo no aguantaría aquello que aguantó mi madre. Yo creo que ella me abrió los ojos sin querer; porque ella nunca me dijo “esto no lo hagas nunca” o esto sí o esto no. Mi madre nunca me lo dijo; yo reñía con mi marido y decía calla la boca y déjalo, olvídalo, esto lo otro, tu no digas nada que tú yes, ya sabes que tú yes la mujer y siempre ye la de perder; o sea, en la de perder, siempre era la de ella. Con razón o sin ella, había que perder, y había que sometese y había que tragar. El hombre era el hombre. Y si había algo en casa bueno, que había hombres que eran... ya te digo, que no vamos a pintar el hombre como un señor verdugo, que había hombres... como todo en la viña del Señor, hombres muy buenos, hombres menos buenos y hombres malos. Pero... si había algo bueno en casa, el que trabajaba era el hombre, tenía que ser pa él. El que tenía conciencia, repartía con hijos; y si faltaba pa alguien, siempre faltaba pa la madre. La madre era la abnegada que... hoy pasa, pero entonces pasaba mucho más, como se pasaba hambre, aquella mujer si tenía que comprar un trapu era la última porque había que vestir y calzar a los hijos y eso era lo primordial. Y yo.... me acuerdo de mi madre que lo mejor en casa lo guardaba pa mi padre porque era el que trabajaba y el que traía el jornal. Y eso era sagrado pa ellos. Esas mujeres fueron unas mujeres muy abn... bueno seguro que hoy ya no son así, de lo cual me alegro porque yo vi muchas injusticias. Y entonces pienso que no debe ser así porque el hombre iba a trabajar a la mina, otros son marineros, otros... Mi marido no murió en la mina, murió en un accidente de coche trabajando. Entonces yo pienso que no por ser minero... Tenían una profesión ingrata, ya lo sé, pero mira como traen los toreros a las mujeres. Pero es que las mujeres de los mineros nunca vivieron así, no pintaban nada. Porque yo no recuerdo a mi madre ir al banco nunca jamás, ni ir a cobrar nunca jamás. Y tú ya sabes que hasta hace tiempos bastante pa arriba, pa hacer cualquier cosa una mujer tenía que tener el consentimiento del marido; no podía ir al banco, no podía tener una firma, todo tenía que ser con consentimiento del marido. Pues si te piensas a nivel, a ese nivel ya oficial tenían... ¿cómo iban a estar en casa ellas pensando...? Había que pedir permiso pa todo. Mi madre no marchaba pa ningún sitio sin decirlo a mi padre, ¿pa qué quería más? Y las demás pues harían lo mismo. Allí... las mujeres estaban dedicadas a lo de ello; y aquel refrán que decía “casose, matose”, era verdad. Porque todas se querían casar, o todas nos quisimos casar, pero sabíamos todas a dónde íbamos: a vivir bajo el dominio de un señor que era el dueño y señor de todo. Que un señor te tocaba bueno, te tocaba bueno; pero te tocaba menos bueno y te jorobabas; y si te tocaba malo también. Separaciones pocas, muy pocas. En aquellos tiempos no había separaciones. Yo separase una tía mía...no i quedó paga ni nada; trabajó como una negra y... ella, porque yo no sé por qué, pero dijo se acabó, también él marchó a vivir con otra; y lo dejó. Pero había muy pocas porque, no se podía separar la gente. No era lo que se estilaba. Lo que se estilaba era tragar, aguantar y ellas trabajar; y la misión de ellas era obedecer, tener la casa limpia, cuidar a sus hijos y cuidar a su marido. Eso, sobre todo; y obedecer. Obedecer y callar, que es amar. Punto. No había otra.

El relato continúa y los detalles se suceden con viveza y expresividad. De él se extraen numerosas conclusiones y es posible fijar innumerables elementos comunes en la vida de muchas familias. Es necesario acotar la memoria de la informante a los años en los que se suceden los acontecimientos que refiere, no

obstante, en los testimonios que he podido escuchar a otras mujeres, incluso en el artículo de Montserrat Garnacho¹⁴ donde se ofrecen algunos detalles, las cosas eran similares incluso antes de los años cincuenta, momento en el que arranca este relato.

La riqueza de esta aportación a la memoria común es indiscutible, el testimonio no sólo funciona como historia de vida, sino que su vida está traspasada por innumerables hechos que tienen que ver con el resto de la sociedad en la que vive. La narradora ha observado y atesorado una información que nos pone de manifiesto diferentes experiencias vitales. Lo que se propone aquí es emplear la entrevista personal para abordar la vida de la mujer en estos contextos. De estas entrevistas se pueden extraer muchas informaciones que tienen que ver con la familia, el trabajo, el secreto, la memoria personal y colectiva, y un amplio número de temas de mucha importancia para la investigación cualitativa.

Los trabajos en este ámbito son aún escasos ya que al abordar la mina se hace generalmente desde lo cuantitativo, o desde otros enfoques más económicos o técnicos que aquellos que tienen que ver con el individuo y su manera de organizarse y sobrevivir.

A modo de conclusión.

A lo largo de las páginas precedentes se pone de manifiesto la importancia del testimonio oral como fuente para generar el relato de una historia de vida. Se propone y expone el de una persona en concreto que tiene la capacidad probada de abordar con rigor y amplitud la memoria de lo que ha sido la vida de la mujer en el contexto de la minería asturiana que le ha tocado vivir. Por diferentes fuentes orales a las que se ha tenido acceso, se puede afirmar que los episodios aquí narrados son comunes a muchas mujeres de la Asturias de la segunda mitad del siglo XX en los mismos contextos.

¹⁴ GARNACHO, Montserrat, "Mujeres mineras", en ÁLVAREZ ARECES, Miguel Ángel y otros, *Asturias y la mina...*pp. 203-209.

Cuando se habla de sometimiento de la mujer, de malos tratos, alcoholismo del hombre, etc., estamos hablando en muchos casos del secreto¹⁵, de cosas que en el momento se ocultaban, se guardaban y se sufrían sin que trascendieran, es más, la autoridad no daba importancia a la denuncia por unos malos tratos recibidos por la mujer. Han tenido que pasar años para que la mujer pueda hablar de esto, airearlo con la libertad que la protagonista ha mostrado en sus entrevistas. Dado que las generaciones que han protagonizado esta “violencia doméstica” no se encuentran ahora vivos, es por ello que se ha expuesto abiertamente como una faceta más de lo que era tenido por habitual en la vida de aquellas personas. El mal trato del marido a la mujer se tenía por un asunto más de los que planeaban sobre la vida de las personas. También existía violencia de la mujer hacia el hombre, pero de forma excepcional. La vida estaba siempre en la cuerda floja, el riesgo de la muerte por accidente laboral estaba presente en el día a día. Desde el colegio se era consciente del riesgo de la muerte del padre, del hermano, que trabajaban en la mina, lo que provoca en el individuo desde su infancia un temor permanente y una exposición a la angustia. El carácter, la dureza, alcoholismo, violencia doméstica, eran habituales en las vidas de muchas personas, eran cuestiones que se daban en buena medida.

La mujer era el pilar fundamental de la familia, se encargaba de la crianza de los hijos, de las labores domésticas y de los trabajos complementarios que procuraban el sustento, el alimento, a los miembros de la unidad familiar. Muchas veces el marido malgastaba la paga en la taberna y a casa no llegaba el dinero. La mujer se ocupaba de la economía doméstica en unas condiciones de precariedad y sacrificio que se pueden calificar como alarmantes.

La falta de unos medios mínimos y básicos como era el agua en los domicilios, la higiene, el alimento, etc., se entienden como carencias de primer orden en la vida, por lo que estas personas han tenido que luchar muy duro para sobrevivir. Se entiende, por tanto, que la calidad de vida del minero era por lo mismo muy precaria, con la necesidad de realizar en muchas ocasiones el

¹⁵ Sobre el secreto y la vida privada es clarificador el trabajo de GÉRARD, Vincent, “¿Una historia del secreto?”, en ARIÈS Philippe; DUBY Georges (dirs.), *Historia de la vida privada*. [Tomo 5]. *De la Primera Guerra mundial a nuestros días*. Taurus, Madrid, 1990, pp. 155-389.

ejercicio de otra profesión que permitiera completar la economía para no sufrir carencias, como en el caso del padre de la protagonista de este relato. Siendo ella hija única, nos permite imaginar cuáles serían las necesidades para aquellas familias con un número mayor de hijos.

Todos los aspectos que en el relato se ponen de manifiesto con una riqueza narrativa innegable, son verdaderos testimonios que atañen a la vida de muchas personas. El filtro de la subjetividad personal es algo que no podemos obviar, no obstante, se puede considerar este relato como un ejercicio sincero que nos permite entrar de lleno en la cuestión doméstica y de las mentalidades de las personas que comparten estas mismas vivencias. La protagonista diferencia la forma de vida de estas gentes del valle de Turón, sociedad minera, con las de otros asturianos que también conoció, percibiendo una vida distinta, por el origen salense de su madre.

La riqueza del relato permite diversos enfoques y también corregir otras perspectivas sobre el mundo de la mina ya que la mujer en estos contextos está poco estudiada. El que se presenta aquí no abarca todas las sesiones de trabajo, pero permite tomarlo en cuenta por su capacidad para ilustrar tantos episodios y tan distintos sobre la vida de las personas, la vida cotidiana, que se refieren en él. Se propone, en esencia, tomar estos testimonios como la verdadera memoria de la sociedad que se refleja en el relato y del lugar a que se refieren y no sólo como memoria personal, ya que ésta se conforma de episodios que vienen de la mano de una realidad que está dentro y fuera del propio individuo, que tienen que ver con la familia, o la organización laboral que les rodea, y que influye y condiciona sus vidas.

Bibliografía.

- BURKE, Peter, *Formas de hacer Historia*. Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- CHACÓN, Francisco; BESTARD, Joan (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Cátedra, Madrid, 2011.
- ESCUADERO GARCÍA, Marcelino, *La herencia minera del valle de Turón*. Nobel, Oviedo, 2005.
- FERRAROTTI, Franco, *La historia y lo cotidiano*. Península, Barcelona, 1991.
- GARNACHO, Monserrat, “Mujeres mineras”, en ÁLVAREZ ARECES, Miguel Ángel y otros, *Asturias y la mina*. Trea, Gijón, 2000, pp. 203-209.
- GÉRARD, Vincent, “¿Una historia del secreto?”, en ARIÈS Philippe; DUBY Georges (dirs.), *Historia de la vida privada*. [Tomo 5]. *De la Primera Guerra mundial a nuestros días*. Taurus, Madrid, 1990, pp. 155-389.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, Manuel Jesús, *El enigma de Turón*. Oviedo, 2011.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, Manuel Jesús, *Turón. Crónica de Medio Siglo (1930-1980)*. Oviedo, 1999.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, Manuel Jesús, *Turón. El fin de una época*. Oviedo, 2003.
- MUÑIZ SÁNCHEZ, Jorge, *Del pozo a casa. Genealogías del paternalismo minero contemporáneo en Asturias*. Trea, Gijón, 2007.
- SUÁREZ ANTUÑA, Faustino, *Carbón para España. La organización de los espacios hulleros asturianos*. KRK, Oviedo, 2006.